

HOMILÍA.

CUÁL ES EL DESIGNIO DE SATANAS EN SUS TENTACIONES, Y MODO DE VENCERLAS.

PARA LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me... Dominum Deum tuum adorabis.

Todo esto te daré, si postrado á mis piés me adorares... Al señor tu Dios adorarás exclusivamente.

S. Mateo, c. 4. v. 9 y 10.

El Señor, cuyas promesas son infalibles, ha constituido al hombre árbitro de su eterno destino, y deja á su eleccion la suerte que ha de caberle por la duracion interminable de los siglos. Suerte bienaventurada, si reconoce el absoluto dominio de su Dios; infeliz, si lo desconoce. Ninguna necesidad tiene la criatura racional de tales estímulos para conocerse dependiente del Criador. No puede dudar que ayer no era; ignora si será mañana; le es evidente que ahora mismo dejaría de ser, y que absolutamente nada puede, si la mano omnipotente deja de sostenerla y excitar su movimiento. Sin embargo, deplorable monstruosidad! niega el obsequio debido á su Criador, y por un criminal abuso de su libertad se somete al yugo ingnomioso de una vil criatura, á quien nada debe y de quien nada puede esperar.

El soberbio Lucifer tiene la osadía de pretender que los mortales se sometan á su imperio, y le adoren como á su Dios, para que puedan gozar las glorias, los intereses y placeres de la

tierra. *Todo esto os daré*, les dice como á Jesucristo, *si postrados en tierra me adorareis*; y el hombre imprudente tiene la insensatez de hacerlo.

Á tanta costa, pecadores, á tan exorbitante precio compramos ese fantasma de felicidad que nos prometemos por el pecado. Deslumbrados con el falso brillo de los miserables placeres que nos ofrece, nos olvidamos de Dios, le despreciamos, nos rebelamos contra su Majestad, y nos hacemos viles esclavos del padre y autor de todas las miserias. Reflexionémoslo con seriedad, especialmente en el tiempo de la tentacion, sin olvidar la contestacion con que Jesucristo repelió al tentador, diciéndole: *escrito está: adorarás solamente á Dios, que es el verdadero señor y dueño absoluto de cuanto hay en ti*. Reflexionémoslo seriamente, y no seremos vencidos con tan lastimosa frecuencia, ántes bien saldremos siempre vencedores. Con este objeto he determinado recordaros uno y otro en este dia, esto es, el designio de Satanás, y el derecho incontestable que tiene Dios á nuestras adoraciones: el objeto no puede ser mas interesante. La tentacion es continua, pero seguramente la venceremos con estas armas: sin ellas sin remedio somos vencidos. Y hé aquí de donde pende nuestra suerte para la eternidad.

Dignáos, Señor, dirigir mis palabras, que juzgo no sean otras que las vuestras, y preparar con vuestra gracia los corazones de mis oyentes, para que las reciban con fruto. Así lo deseamos y os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre amantísima. *Ave Maria.*

Sin que sea posible que haya una sola criatura independiente del Criador, puede decirse sin embargo que Lucifer tiene el principado del mundo y del infierno: atribucion que le cedió el infinitamente Justo, prestándose á sus perversas intenciones, por haber abusado el hombre de su libertad, y pretendido sustraerse del dominio de su Dios. El Señor pues reservó para sí la soberanía de los cielos, cuyo reino se compone de los justos, quedando por esta razon los pecadores en clase de vasallos, ó mejor, esclavos del demonio.

Como el hombre sea libre por naturaleza, y su futuro destino haya de ser la justa recompensa de sus obras, y siendo Dios un abismo insondable de amor y de bondad, y el demonio por el

contrario de malignidad y envidia; de aquí es la continua competencia con que parecen disputarse sin cesar el dominio de nuestro corazón. Fundado el Señor en el derecho indisputable que le compete como criador universal, exige á cara descubierta toda nuestra sumision y respeto, y como si en ello le hiciéramos un importante servicio, nos asegura en recompensa una bienaventurada inmortalidad. Lucifer, sin otro título que su orgullo y presuncion, sin mas derecho que el que nosotros queremos darle, se ve siempre precisado á disfrazarse para seducirnos.

Su primera intencion es cegarnos, para poder herirnos con toda seguridad: sus armas el engaño y la lisonja, y el cebo con que las oculta, son los bienes de este mundo. Bajo el especioso pretexto de procurar el remedio á unas necesidades, tal vez imaginarias, y la satisfaccion á los deseos que nos inspira la misma naturaleza, fomenta con un infernal disimulo el hurto, la usura, la intemperancia, la embriaguez, la lujuria. Robando á nuestra vista la criminalidad de semejantes desórdenes, ó excusándola al ménos con artificio, nos dice con la malignidad que á Jesucristo en el desierto: *dic ut lapides isti panes fiant*. Si escudados, como lo encarga el príncipe de los apóstoles, con las máximas de la Religion, nos resistimos á tomar lo ajeno, á oprimir injustamente al huérfano y á la viuda, á completar con paliadas usuras la ruína del menesteroso, á atropellar descaradamente las leyes del pudor y del decoro, cuida él de allanar todas las dificultades, repitiendo las mismas palabras: con ellas todo lo pone fácil y expedito. En vuestra mano está.

Sí, en nuestra mano está el atropellar por todo, el asentir á la tentacion, el poner nuestro cuello bajo su ignominioso y detestable yugo. Este solo es su designio, y si lo ve expuesto á frustrarse á impulso de las verdades de la Fe, no por eso retrocede ni se acobarda. Varía de plan; pónese fingidamente de parte de la Religion misma; nos ofrece á la vista sus máximas consoladoras, pero pérfidamente exageradas. La misericordia ilimitada del Señor, sus promesas infalibles, aquel amor infinito que profesa á los hombres, y por el que les asegura en el momento en que lo quieran, el perdon de todos sus pecados... ¡terribles armas en manos de un enemigo tan sagaz! Con ellas inspira una confianza temeraria, y avivando la pasion, cuenta segura la victoria. Entónces es cuando nos anima con mas ardor, insta, nos

impele, y nos dice con malicia: *mitte te deorsum*: arrojáos sin temor á donde os conduzco. No hay motivo para temer, no hay peligro alguno: estáis bajo la providencia de un Dios, ciego de amor, que mejor que nadie conoce vuestra debilidad. Su clemencia no le permite mostrarse indiferente á vuestra miseria: *mitte te deorsum*. Pecador era el hombre, cuando se determinó el Señor á derramar su sangre, á sacrificar su propia vida por remediar su pecado. No es pues regular que trate de inutilizar tan apreciables remedios. No, no perecerás, le dice á cada uno en su interior: *mitte te deorsum*. Seguro es el perdon de tus pecados, porque te envió sus ángeles, que apenas te vean caído, acudirán presurosos á levantarte; es decir, los ministros de la Iglesia que te llamarán á grandes voces, te recibirán con el amor de un padre tierno, te franquearán todos los auxilios infinitamente poderosos de la Religion, porque son enviados de un Dios de paz y de clemencia: *quoniam angelis suis mandavit de te*. Si hay algunos de un carácter demasiado austero y adicto á las máximas de una rígida moral, que traten de oponer obstáculos insuperables á tu salvacion, también los hay en extremo accesibles é indulgentes, que quitan á la penitencia todas sus espinas y amarguras, y cargan sobre sí la responsabilidad de tus pecados: *in manibus portabunt te, ne unquam offendas ad lapidem pedem tuum*. Dirige tu vista á los altares, y verás colocados en ellos por la misericordia de Dios los mas insignes pecadores; y ¿quién duda que sus pecados fueron la ocasion de que se sirvió Dios, para conducirlos al heroismo de la virtud?

Mas qué! ¿me será permitido trasformar en blasfemias escandalosas las augustas verdades de nuestra Religion sacrosanta? ¿No será ya tiempo de quitar el disfraz á nuestro enemigo, y presentarle con todo el horror de su figura verdadera? Ah! felices vosotros, si yo fuera capaz de ofrecer á vuestra consideracion un vivo retrato, un débil bosquejo...; pero pongamos siquiera de manifiesto su designio. Por espacio de muchos siglos han sufrido los fieles continuados y fieros ataques, dirigidos por el infierno para robarles el tesoro de las virtudes; pero el tentador aparentaba siempre dejar intacta su Religion, y los que por desgracia eran seducidos, conservaban sin embargo un religioso temor á la justicia inexorable de aquel Dios, que dispone como dueño absoluto del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del cielo y del infierno. Caían por debilidad en los la-

zos de Satanás; pero en su Religion tenían la esperanza y los medios de romper sus cadenas opresoras; esperanza que aún quiere desvanecer, arrancando de los corazones hasta la idea de Dios, porque este infernal tentador aspira á un dominio completo y absoluto. Ya no se contenta con que los hombres ofendan á su Criador; quiere que positivamente desconozcan, que nieguen su existencia, para llevarse él solo las adoraciones de todos.

Hæc omnia tibi dabo, les dice, enseñándoles los falsos bienes del mundo; pero con la precisa condicion de que le ofrezcan á él sus adoraciones. Promete descubrir los misterios mas ocultos, si renunciamos á una Religion que pone trabas al entendimiento para que no discurra, á los labios para que no profieran, y á las manos para que no escriban los errores y delirios que él mismo nos sugiere. Promete riquezas al avaro, placeres al voluptuoso, al ambicioso glorias, al libertino todo género de satisfacciones; pero previa siempre la condicion de renunciar á la Religion que coarta la libertad, este don inapreciable que recibió el hombre de la naturaleza; la libertad de vivir sin freno, sin ley, sin obligacion alguna como las fieras en los montes. Promete la prosperidad á los pueblos, si le prometen ellos en cambio arrojar de su seno la Religion que esclaviza igualmente al príncipe que al vasallo, que disminuye la poblacion con la continencia á que obliga á la mayor y mas robusta parte de sus miembros, que consume todas las fuentes de la prosperidad, para sostener con la mas ostentosa magnificencia la ridícula supersticion de un culto fanático, que arruina las clases productoras, destinando el fruto de su trabajo y sudores á saciar la codicia de unos miembros estériles, inútiles, positivamente perjudiciales. Todo, todo sin excepcion lo promete, como lo hizo con Jesucristo, con tal que desertemos, abandonemos impiamente la milicia del Salvador, y nos alistemos bajo sus infames banderas: *si cadens adoraveris me.*

¡Ojalá que los cristianos tuvieran á mano las armas, con que el Hombre-Dios repelió, venció y cubrió de oprobio é ignominia á este padre de la mentira! ¡Ojalá que en lugar de esas infernales máximas que beben en los libros impíos, que ponen en sus manos los satélites del seductor, y que procuran conservar con tanto esmero en la imaginacion, estudiaran la respuesta de Jesucristo: *escrito está*, dijo, repeliéndole con el mas justo

desprecio, *escrito está: adorarás al Señor que es tu Dios, y solo á su Majestad servirás con entera sumision.* Escrito está por mano del infinitamente sabio, veraz y justo; escrito está en el interior de tu corazon, en el código de la naturaleza, de la Religion y de la justicia. Escrito está, no en esos libros impíos, en esas novelas y poesías compuestas de intento para corromper las costumbres, no en tantos devocionarios que por mano de nuestros compatriotas nos prodigan los extraños, y en que con el disimulo mas sagaz esparcen y hacen beber el veneno. que si de pronto no mata, prepara no obstante á una muerte inevitable; sino en los Libros santos y en las obras morales compuestas en nuestro suelo, pero que para oprobio de la patria se destinan únicamente en el día para adorno de los estantes y pábulo de la polilla; las obras, digo, de los Lanuzas, Puentes, Rodríguez, Ávilas, Granadas, que justamente se adquirieron el glorioso renombre de inmortales entre nuestros piadosos ascencientes: escrito está, y con los fundamentos mas sólidos é indestructibles. Porque ¿qué es adoracion sino la protestacion que hacemos con las obras de que aquel, á quien adoramos, es el supremo señor, el dueño absoluto de todas las cosas, y de quien ellas y nosotros dependemos para todo? Y ¿quién es el señor verdadero de todo el universo: Dios ó Lucifer? ¿el criador de cuanto existe, ó la mas infeliz de las criaturas?

¡Qué reflexion tan utilísima para el tiempo de la tentacion! El espíritu de la soberbia con todos los secuaces de su impiedad jamas pudieron criar un solo átomo. El cielo y la tierra, los astros y los vivientes, las plantas y los minerales, todo lo que tiene ser, es obra del Señor: Dios quiso, y existió el mundo. El pecado, la muerte, la miseria, hé aquí las obras del orgulloso enemigo que quiere disputarle el dominio universal. Y el hombre ¿podrá cegarse hasta el extremo de no reconocer cuál sea el verdadero señor? Y caso de reconocerle, como no puede menos, ¿tendrá la insensatez de abusar de las mismas criaturas para hacer la guerra á su Autor soberano? Ó miserable! olvídase, si puedes, de que solo para tu bien lo ha formado todo; pero acuérdate siquiera de tu origen. Vuélvete á mirar los días que pasaron. En dónde estabas ántes de tu existencia? cómo ó por dónde te ha venido esta? Consulta á tus padres, pregunta á tus abuelos, sube hasta las generaciones mas remotas, y todos

te dirán como á los Macabeos su madre (1), que ignoran el misterio de tu formacion, que no saben en qué consiste tu vida, que ellos han sido y serán siempre incapaces de producirla, habiendo solo contribuido como meros instrumentos de la Omnipotencia.

Con efecto la mano sola del Señor, sola la voluntad del Omnipotente ha podido formarte (2). Hechura suya, exclusivamente suya son tus talentos, tus potencias, tus sentidos, tus miembros, tu cuerpo, tu alma: nada te debia, y tú lo debes todo á su bondad; y ¿tendrás la ingratitud abominable de rebelarte contra él? ¿Ignoras que despues de formado, estás aún pendiente de su voluntad? que todo lo que salió de su mano, está sujeto á su dominio? ¿que en el momento que abandona una cosa, deja de existir, y que por tanto volverias tú á la nada, de donde saliste, si separara de ti su poderoso influjo? ¿que cuando te determinas á ofenderle, puede sin la menor resistencia y con demasiada justicia destruirte, y te sostiene á pesar de eso? ¿que él mismo conserva la vida, que te pudiera, y aún debiera quitar, por haberte hecho indigno de ella? En el mero hecho de haberle ofendido, diste contigo en el abismo de todas las miserias, caíste en la mas cruel y vergonzosa esclavitud, de donde te era imposible salir por ti mismo, y no obstante... O amor, ó bondad incomprendible! él mismo viene á redimirte. El divino Autor de una vida tan mal empleada sacrifica la suya por darte la libertad, y compra con el precio de su misma sangre esa alma, que siendo suya, la habias tú robado, para entregársela á su competidor y tu mortal enemigo. Considera pues á quién eres deudor de tus adoraciones y respetos. Mira si aún tienes valor para ofrecer sacrificios al demonio, y si llegará tu impiedad al extremo de sacrificar á este monstruo tu propia persona, y tus hijos por añadidura, con esa educacion diabólica, diametralmente opuesta á la virtud y á las solemnes promesas que juraste por ellos en el bautismo.

Siento en el alma verme precisado á cortar un discurso tan interesante, pero es preciso. No creo pueda quedaros la menor duda, de que el derecho y la justicia están de parte del Señor. Sin detenerme á recordaros tantos beneficios como nos ha dis-

(1) II. *Machab.* c. 7. v. 22. (2) *Job*, c. 10. v. 8. *usque ad* 12.

pensado su mano bienhechora, concluyo que somos suyos, porque nos ha criado, suyos, porque nos conserva, exclusivamente suyos, porque nos ha comprado de nuevo. Pero si aún sois insensibles, dad siquiera oídos á las voces del interes. El reino de Lucifer es el reino del pecado, de la muerte, de la miseria, de la ignominia, de los tormentos, del horror, de la desesperacion: el reino de Dios es el reino de la justicia, de la paz, de la vida, del placer y de la gloria. Al lado del primero se hallan las huestes infernales, esperando vuestra decision, para en el momento arrastraros consigo al profundo abismo de todos los males. En derredor del segundo están innumerables legiones de bienaventurados espíritus, presentándoos la corona, disponiéndoos la silla inmortal, preparando el triunfo y dispuestos á conducirnos en sus benditas manos á la corte, á los palacios del Señor, á la posesion de la eterna bienaventuranza. Considerádlo bien, y elegid lo que mejor os parezca.